

(01001)

El último partido

No cabía un alfiler. Lleno hasta la bandera. El cartel de «no hay entradas» se había colgado ya el martes. Sería, de salir victoriosos, el último partido de la temporada. El partido de vuelta de la fase de ascenso a Segunda A. El Rayo de Mospintoles había empatado a cero en la ida. El resultado era peligroso. Sólo valía la victoria. Y ahora el rival a fe que estaba haciendo méritos para llevarse el gato al agua.

La pequeña ciudad, casi sesenta mil almas, se había volcado con el equipo durante la liga. Desde que López, el pujante empresario, se hizo cargo de la gestión del equipo algo había cambiado.

Ahora la segunda división estaba al alcance de la mano, o nunca mejor dicho, estaba a tiro de gol. Era una utopía para un equipo abonado tradicionalmente a la tercera división.

Sólo había que ganar este último partido. Y después a soñar... Pero los rivales tenían el mismo deseo.

Para truncarlo estaba la afición de Mospintoles, ciudad dormitorio de la megaurbe que es Madrid. Los aficionados comenzaron a animar a su equipo ya desde bien temprano por la mañana, con pasacalles y voladores. Incluso los menos aficionados al arte del balompié permanecían expectantes.

No cabía duda de que un ascenso a la segunda división atraería algo de bonanza económica a la ciudad. López se encargaría de ello, seguro. Tenía carisma y un don de gentes que se dejaba ver en las escasas entrevistas concedidas a los medios deportivos regionales. Sabía transmitir y contagiar sus ideas, sus proyectos, sus ilusiones.

Pero algo se le había resistido en estos dos últimos años. No había conseguido involucrar al Ayuntamiento para que le facilitaran las cosas... a su gusto. Quizá su mensaje llegaba al pueblo pero no a los dirigentes. López estaba pensando en qué estrategias debería modificar cuando el Rayo de Mospintoles encajó un gol. ¡Mierda! Se había distraído un momento y gol encajado. Si no había ascenso sus planes se verían truncados, o cuando menos trastocados durante lo que sería un largo y desesperante año.

Llegó el descanso del partido y con él López se volvió a sumir en su introspección. En el palco sus directivos guardaban silencio. En la grada el público se había tomado un receso. Un gol, después de todo, podía ser remontado. Seguía valiendo únicamente la victoria.

Comenzó la segunda parte y el público continuaba taciturno. Pasaban los minutos y el silencio empezaba a pesar como una losa en el ánimo de López, y posiblemente en el de sus jugadores. Se incorporó de un salto y comenzó a agitar los brazos, pidiendo desde el palco a los aficionados más inmediatos que comenzaran a animar.

Como un reguero de pólvora la orden cundió y el público comenzó a animar a los suyos. El graderío volvió a rugir. El gesto de López no pasó desapercibido para las cámaras de TeleMadrid. Se comentó en directo, tanto en la radio como en la televisión: "este hombre hace rugir a todo un estadio". Tenía una vitalidad que sabía contagiar.

Y al poco llegó el gol... ¡del empate! Si la histeria colectiva puede adueñarse de quince mil almas aquel fue el momento. El trallazo de Piquito desde la frontal del área cogió descolocado al guardameta.

Con el balón todavía en las mallas Piquito corrió hacia el palco a brindarle el gol a su presidente. E hizo un saludo militar con cierto donaire. La ocurrencia del chaval fue ovacionada como no podía ser menos.

El equipo visitante pareció encogerse tras el jarro de agua fría. Aunque si amarraban el resultado tenían el ascenso en el bote. El tiempo jugaba en contra del Rayo y los minutos pasaban angustiosamente rápidos para los mospintoleños y desesperantemente lentos para los visitantes.

El Rayo de Mospintoles se agigantó y encerró en su área a los rivales. De pronto, una contra heló las gargantas de los mospintoleños: el equipo rival se iba para arriba cogiendo a la defensa a contrapié. Pero llegaron los centrales para cortar la jugada, retrasando al portero, quien desde el borde del área envió largo con el pie. El contragolpe ahora pillaba a la zaga rival mal posicionada pues llevados de la ansiedad habían adelantado sus posiciones.

El balón cayó a una banda. El extremo, rápido como una centella, llegó antes de que el cuero saliera por la línea de fondo, la colgó al área... y Piquito la cabeceó a la red. ¡¡Gooooooooooooo!!!

La comunión del pueblo con su equipo fue total. Piquito se fue al punto central, y allí brindó al respetable cual torero curtido en años pese a su adolescencia recién perdida. Arrojó una imaginaria montera al suelo y la afición llegó al paroxismo. El estadio vivió un orgasmo futbolístico con el gesto del rapaz. Nunca Mospintoles había estado tan unido.

El semblante de López era el que reflejaba el luminoso del estadio: ¡ganaban!; ¡estaban en segunda! Le habían dado la vuelta al resultado, aunque todavía restaban más de veinte minutos.

Pero ahora la victoria era segura... ¡Tenía que ser segura! No podían existir los reveses. Los rivales, con todo perdido, comenzaron a estirarse y el partido entró en una fase de toma y daca. La grada rugía y enmudecía con cada lance ora propicio ora adverso. El partido era vibrante.

Tanto el empate como la tranquilidad en el marcador podían llegar en cualquier momento. Una idea largamente acunada cruzó fugaz por la mente de López: la segunda división obligaría al Rayo a convertirse en Sociedad Anónima. Pero él llevaba tiempo preparado para ese momento. Sólo que sin el apoyo del Ayuntamiento la cosa sería algo más complicada. Y no estaba acostumbrado a que algo se le resistiera.

Alguien se sentó a su lado, en la silla que había dejado libre momentos antes uno de sus directivos, incapaz de contenerse. López percibió un perfume de mujer. Se volvió lentamente y vio la cara sonriente de María Reina. Sus ojos sonreían más aún. Irradiaban una serenidad, una clase, una elegancia, que López había visto en muy pocas personas.

La siempre atractiva teniente de alcalde estaba ahora con López sentada en el palco. Jamás habían cruzado una palabra, aunque ambos se conocían. Después de todo, Mospintoles no era una ciudad tan grande. López era unos años mayor que María.

El presidente torció una sonrisa:

—Llegas tarde... —le espetó con una familiaridad que, de pronto, pensó que le gustaría sentir.

—Pero no me he perdido nada... —le devolvió ella el gesto—. Estaba viendo el partido por televisión. Vivo aquí al lado y me he acercado andando —explicó.

López no podía creer el desparpajo con que la concejal le estaba diciendo que había salido de casa cuando vio el partido ganado.

Decidió tentar su suerte:

—Qué bonito. Apareces cuando el partido ya está resuelto.

—Querrás decir encarrilado. Todavía nos quedan veinte minutos, y en fútbol nada es seguro hasta el pitido final —expuso ella radiante.

López estaba embobado, absorto en la contemplación de aquella genuina belleza, de esas que no se marchitan con la edad, de esas que la solera reafirma a medida que pasa el tiempo, y había perdido la noción del partido. Le cogió de sorpresa el brinco de la dama.

El hervor del estadio le dijo que el 3 a 1 acababa de llegar.

No lamentó haberse perdido el tercero en la cuenta de Piquito. Luego, cada vez que vio en el DVD ese gol, la imagen de María ocupaba su mente. Una ratería

de Piquito, haciendo una espuela mientras cruzaba por el área pequeña, supuso el *hat-trick* del zagal.

Esta vez Piquito corrió por la banda, tapándose los oídos con las manos, meneando la cabeza de lado a lado ligeramente, y mordiéndose el labio inferior con los incisivos mientras era incapaz de evitar que la sonrisa le cruzara la cara de oreja a oreja.

Cuando le preguntaron por el significado de aquel gesto el chaval respondió con sinceridad: «Me salió». Pero la pequeña historia local se encargó de interpretar el gesto de Piquito: «¡la que estoy armando!».

La concejal de Urbanismo y Deportes de Mospintoles llenó el palco con su alegría. Retratada en aquel momento con los brazos en alto, los puños cerrados, la portada del día siguiente en los medios regionales tituló: «...Y María Reina dio la victoria al Rayo de Mospintoles».

La imagen de López, sentado y mirando para ella con media sonrisa (ensoñando, pero sólo él lo sabía) dejaba el protagonismo a la que ya era líder de facto en su partido político.

Esa imagen le valdría a María Reina el respaldo definitivo en su ascenso en la política local. Pero eso no se supo hasta mucho después.

En el campo quedaban aún diez minutos por disputarse. Los jugadores locales no podían relajarse. Debían mantener la tensión. Como en toda final, un gol a contrapelo podía torcer una excelsa actuación. Encajar un gol ahora supondría vivir una agonía hasta el final del partido. O peor...

Sin embargo en el palco la tensión se difuminó con María como protagonista. López no lo podía creer. Esta mujer con su sola presencia le había arrebatado todo el peso atesorado durante estos últimos años.

Creyendo que estaba en racha decidió seguir tentando su suerte. Invitó a la dama a cenar tras el partido. Pero no iba a poder ser. Su marido la aguardaba para acudir juntos a una fiesta privada.

Sin embargo aquella mujer no había dicho no. Se disculpó con un casi inaudible "lo siento" y expuso su compromiso adquirido con anterioridad.

Algo bailaba en la mente de López: así que su marido aguardaba a que el partido acabara sólo porque ella había decidido acudir a presenciar los últimos instantes del encuentro... Y como bien había rebatido ella cuando se sentó a su lado, nada está decidido hasta que acaba. Ni siquiera ahora, con un 3-1 a favor.

López se estaba perdiendo la fiesta de la grada, y la fiesta que se vivía en el campo. Su equipo era dueño y señor del juego..., del espacio y del tiempo. Dos goles en contra se antojaban imposibles, pero...

El pitido final y el júbilo consiguiente pillaron a López una vez más desprevenido. Ella volvió a incorporarse de un salto, aplaudiendo, y mostraba una sonrisa sincera, exultante.

María miró a López y le tendió la mano a la vez que se volvía a disculpar por tener que ausentarse en aquellos momentos.

López cogió la mano y sin saber por qué ni de dónde le salió, hizo un torpe besamanos. Fue otro momento inmortalizado en la prensa local. El titular dijo al día siguiente: «López también se rinde ante María Reina». Sin embargo no le importó.

En ese momento él le daba las gracias por su presencia. Y ella le había respondido: “Siempre me encontrarás dispuesta... —y su voz se hizo más queda— a ayudar al equipo de mi ciudad”. López supo que había ganado algo más que el ascenso a la segunda división.